Almería vista por los viajeros. De Münzer a Pemán (1494-1958)
LENTISCO PUCHE, José Domingo; MARTÍNEZ SAN PEDRO, M.ª Desamparados; SEGURA DEL PINO, Dolores; ÚBEDA VILCHES, Rosa María
Almería, Instituto de Estudios Almerienses-Junta de Andalucía-Autoridad Portuaria, 2007, 794 págs.

No descubro nada al afirmar que los últimos años han conocido una importante proliferación de ediciones de relatos viajeros, prueba evidente del creciente interés que suscita este tipo de literatura. Nada que pueda extrañar, ya que nos encontramos ante uno de los géneros más antiguos y de mayor tradición, debido a que su sentido profundo resulta algo innato en el ser humano. En efecto, la curiosidad y el deseo de saber ha estado presente en el desarrollo de la humanidad, saciando el viaje ese ansia de ampliar los horizontes cotidianos. Un viaje que se ha ido transformando con el paso del tiempo, adquiriendo nuevas dimensiones y metas, adornándose incluso de un ceremonial propio. Con todo, las experiencias vividas en muy distintos lugares de la tierra, constituirán en todo momento el eje en torno al cual giran estos relatos.

Amplio panorama sin duda en el que España —o quizá sería más correcto decir la Península Ibérica— atrajo de antiguo la atención del visitante. Desde el siglo VI a de J.C. es ésta una corriente que no deja de fluir, a impulsos de motivos diversos y cambiantes, ya fueran científicos, políticos, religiosos o de mero placer. Es evidente que no todos los que llegaron hasta aquí dejaron plasmadas por escrito sus impresiones. Pero también lo es que el número de quienes se sintieron tentados de hacerlo resulta suficientemente importante y significativo. Tanto que abarcarlos en su totalidad constituye una meta poco menos que inalcanzable.

Amplísima producción en la que los resultados a la fuerza tenían que ser muy diversos, haciendo complejo englobar esa extensa literatura bajo un co-

mún denominador, en lo que a su calidad se refiere. También cronológicamente las variaciones serán sensibles. A etapas en que nuestro país constituye meta casi obligada, suceden otras en que permanece prácticamente en el olvido. Considerada en su conjunto hay quien se muestra muy duro en su valoración, considerando que para «un libro sensato que se escribe, diez tienen como finalidad ponernos en ridículo». Afirmación aplicable en determinados casos, pero que resulta injusta a todas luces en otros muchos, cuyos autores intentaron la mayor ecuanimidad no escatimando las palabras de elogio, cuando ello venía al caso. Son estos últimos una fuente no desdeñable para el especialista y el estudioso.

Sin olvidar los viajes realizados en la antigüedad, la Edad Media fue pródiga en viajeros, atraídos hacia nuestras tierras por la disparidad de reinos, culturas y habitantes que coexistían en ellas y que constituían un foco de interés. En los reinos cristianos dos centros polarizan la atención: Compostela y Toledo con su Escuela de Traductores. En los musulmanes Córdoba, Sevilla o Granada más tarde ocuparán también un lugar primordial en las rutas viajeras, convertidas en cruce de caminos, eje de civilizaciones y laboratorio de un mundo que despertaba.

1492 es una fecha crucial dentro y fuera de nuestras fronteras. Inicia una época en la que España se iba a convertir en árbitro de los destinos universales durante una larga centuria. Razón por la que sigue siendo meta de visitantes, que ahora son diplomáticos y embajadores, enviados de otras cortes o personas que intentan medrar al calor de ese dominio. Un dominio que no iba a ser eterno, y que comienza a declinar ante la pujanza de otras naciones, que van a disputarse los restos de aquel imperio en el que «nunca se ponía el sol».

En proceso paralelo, las directrices culturales van dando forma a lo que los ingleses denominaron «The Grand Tour», el Gran Viaje, considerado indispensable en toda educación refinada y al día. De dos años aproximados de duración, incorporaba en sus rutas aquellos lugares que se consideraban dignos de interés para el visitante. De ellos se encontraba marginada España, perdida su importancia y abandonada a su propia suerte. A ello vendrá a unirse el desdén con que el siglo XVIII —impulsor y definidor de la ilustración— la contempla, al considerarla sometida voluntariamente a la ignorancia y al oscurantismo.

Al calor de esas nuevas circunstancias el volumen de visitantes decrece, constituyendo sus relatos, salvo excepciones, productos de importancia dudosa. En opinión de Sarrailh se pueden considerar en su mayoría «autores puramente ocasionales, testigos poco fieles y escrupulosos, cuya documentación suele estar plagada de obras sin mérito alguno». Sin embargo es esta centuria la que ve nacer el auténtico libro de viaje, en un sentido que no deja de tener su interés. Explico lo que quiero decir. Hasta este momento se ha viajado en

la mayor parte de los casos por objetivos y fines muy concretos. A partir de ahora el viaje se convierte en un acto intelectual y cultural, marcado por normas y finalidades diferentes.

La política internacional marca un giro en esta situación. Los acontecimientos de Francia modifican el orden europeo, llevando a unas guerras nacionales, de las que la de España iba a revestir particular importancia. La «Peninsular War» —por utilizar de nuevo un término acuñado por los ingleses— permitió en palabras de Brenan «que un cierto número de oficiales del ejército se familiarizaran con este país y, una vez firmada la paz, decidieran volver a visitarlo con sus esposas por la gran impresión que les había causado. Los libros que escribieron fueron más bien aburridos, pero despertaron la curiosidad de la generación más joven y contribuyeron a que el 'Spanish Tour' se pusiera de moda».

Comenzaba así la época dorada de los viajes a España, en la que cupo también su parte al naciente romanticismo, que iba a transformar los valores estéticos e ideológicos imperantes en el viejo continente y que iba a encontrar aquí el escenario más acabado. Sus tradiciones, su apego al pasado, la pervivencia de lo medieval que parecía flotar en el ambiente, lo sitúan en un plano de privilegio. Quizá, como definió Allison Peers, porque España *es* un país romántico por naturaleza, ya que «su vida y su cultura continúan presentando época tras época las cualidades que la palabra romanticismo implica».

La riada de visitantes no decrecerá ya, alcanzando la literatura de viajes proporciones insospechadas. Ello obliga, sin duda, a una selección doblemente rigurosa, pero enriquece considerablemente las posibilidades ofrecidas por la misma. Realidad mantenida en el tiempo para penetrar en el siglo XX. Cierto es que a esas alturas muchas cosas han comenzado a cambiar. Que al viajero viene a unirse ahora el incipiente turista, marcado por unas connotaciones en cierta medida diferentes. Pero ello no implica que cesen sus relatos, que siguen manteniendo una bella tradición alargada en el tiempo.

Prueba evidente de ello el libro que da pie a estas reflexiones, cuyo punto final se cierra en 1958. Con él sus autores se sitúan en línea con Cruz y Bahamonde, Rafael Altamira, Fabié, Foulché-Delbosc, Liske o Juan Facundo Riaño —por citar algunos de los más conocidos— que en el último tercio del XIX supieron apreciar el interés de estas fuentes, ofreciéndonos recopilaciones que constituyen hoy auténticos clásicos. El camino iniciado por ellos iba a ser recorrido por figuras no menos prestigiosas, caso de Farinelli, Bertrand, Peres, Hoffman, Gámir o García Mercadal, nombres estos últimos que nos sitúan ya en la década de los sesenta.

Se trata en la mayor parte de los casos de bibliografías, que encierran un enorme interés para el especialista en esta materia, enfoque que ha sido mantenido y enriquecido con posterioridad. Mucho más escasos resultan ser los

trabajos de elaboración, tomando pie en esos mismos relatos de viajeros. En este sentido quisiera mencionar la monografía que publiqué en 1982 con el título *Granada en los libros de viaje* (2.ª Edición, 1999), con la que iniciaba una temática importante en mi investigación. Porque al lado de panorámicas de conjunto, las dedicadas a regiones o ciudades concretas van ganando terreno a partir de ahí, captando la atención de los investigadores.

Almería es la gran protagonista de este grueso volumen que firman José Domingo Lentisco, M.ª Desamparados Martínez San Pedro, Dolores Segura y Rosa Maria Úbeda. Ha sido el suyo un arduo trabajo, dado el impresionante número de títulos y textos que nos ofrecen y que cubren un arco temporal iniciado en 1494, para entrar —como decía— en los años centrales del siglo XX. Su labor es tanto más de agradecer, cuanto viene a cubrir un relativo vacío en lo que a la bibliografía almeriense se refiere. En efecto, no había suscitado hasta ahora aquella ciudad un volumen apreciable de trabajos, lo que no quiere decir que no hubiera algunos de indudable valía.

Junto al contenido es de destacar el continente. Nos hallamos ante una cuidada edición, enriquecida por numerosas ilustraciones —dibujos, grabados y fotografías— siempre tan interesantes para el lector y para el amante de unos tiempos que son ya pasado. Algo semejante cabe decir del apartado dedicado a documentación, muy bien estructurado y muy completo, así como de los índices con los que viene a cerrarse el volumen. En su conjunto constituye una valiosa aportación con la que tendremos que contar en el futuro quienes nos dedicamos al estudio del siempre atractivo y atrayente Libro de Viaje.

CRISTINA VIÑES MILLET